

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN ACTO DE CLAUSURA DEL
CONGRESO PROGRAMATICO DEL PARTIDO SOCIALISTA

LA SERENA, 13 de Diciembre de 1992.

Amigas y amigos todos:

He venido gustoso a este Congreso que el Partido Socialista realiza acá en La Serena, para traer un cordial saludo, un saludo que no es meramente protocolar, que nace de un sentimiento profundo de amistad y de reconocimiento.

Creo que es ésta la ocasión precisa para que exprese mi profunda gratitud por la colaboración leal, eficiente, decidida, que mi gobierno ha contado de parte del Partido Socialista. Quienes lo han representado en los niveles gubernativos han cumplido su tarea de manera destacada. Pero no sólo ellos; los parlamentarios del partido, los dirigentes a niveles provinciales y comunales, las bases del partido, han respaldado, han sido uno de los sostenes de mi Gobierno.

Y yo comprendo que esto no ha sido fácil para todos. Yo comprendo que para mucho militante de base socialista, que durante tantos años fue adversario político y participó en confrontaciones más o menos duras con el partido del Presidente de la República, el Partido Demócrata Cristiano, puede haber sido algo difícil acomodarse a esta disposición de apoyo y solidaridad decidida con el gobierno que yo he encabezado.

Por eso, esta actitud tiene un doble mérito: no es sólo que el Partido Socialista se ha sentido parte de este gobierno y le ha prestado su respaldo, sino también que el Partido Socialista ha sido capaz de superar los recuerdos o resquemores del pasado, pensando en una tarea común para el presente y el futuro.

En ese sentido, creo, sin inmiscuirme en los problemas propios de ustedes, que este Congreso tiene enorme importancia, como lo tuvo el que celebró, a mediados de año, la Democracia Cristiana, y hace poco tiempo el Partido Radical. Es un Congreso Programático, es un congreso en que se analiza la tarea cumplida, pero las tareas por delante. Y en ese análisis, indudablemente que ustedes, como los demás partidos, están llegando a criterios que confirman el acierto y necesidad de la Concertación de Partidos por la Democracia.

Esa Concertación, que nació de la lucha contra la dictadura, de la alianza de los demócratas para superar el régimen autoritario derrotándolo en su propia cancha y construir por la vía democrática una nueva sociedad en Chile, no fue una mera alianza electoral. Hay identidad de valores fundamentales entre todos los partidos que forman la Concertación, sean de inspiración socialista, de inspiración laica, de inspiración cristiana, de inspiración, todos, humanista.

Yo diría que esos valores son, en primer lugar, nuestra afirmación común de la democracia. Creemos en la democracia y creemos que la democracia se funda en el respeto a los derechos sagrados de la persona humana, en la afirmación de la libertad de todas las personas, en el pluralismo, en la convivencia, más allá de las divergencias y distintas opiniones.

Somos demócratas y hemos consolidado en nuestras conciencias la necesidad de la democracia como el mejor régimen de convivencia humana, y rechazamos las tentaciones populistas o autoritarias que crean que para lograr cualquier fin de bien común, es posible sacrificar la libertad y destruir los derechos humanos. Nosotros proclamamos como primer valor los derechos humanos.

Pero nos une un segundo factor: todos los partidos que formamos la Concertación por la Democracia creemos que no basta con que las sociedades crezcan y se modernicen, que es necesario superar el problema de la extrema pobreza que aflige a vastos sectores de la humanidad y de nuestro propio país, y afirmamos, junto con el valor de la libertad y de los derechos humanos y, en cierto modo, como complemento de esos mismos valores, el valor de la justicia social.

No creemos que basta con que los países crezcan si ese crecimiento ha de significar que algunos prosperan en la abundancia y llegan a niveles de vida de los países más ricos, mientras otros siguen viviendo en la pobreza o en la miseria.

Queremos justicia, pensando que todos los seres humanos somos iguales en dignidad y que esa igualdad en dignidad de la persona humana significa la necesidad de buscar medios de vida que le

permitan a todos tener acceso a una condición acorde con los tiempos. Este es un valor que nos identifica.

Y hay un tercer valor que nos identifica: vivimos tiempos en los que la experiencia universal parece demostrar que los caminos de desenvolvimiento más eficaces de la economía se fundan en los mecanismos del mercado.

Pero frente a los mecanismos del mercado, nosotros afirmamos que el Estado, como órgano superior del bien común, como institución en que se organiza la sociedad para el ejercicio de la autoridad y la satisfacción de las necesidades colectivas, no puede cruzarse de brazos, no es un mero espectador; que el Estado tiene una función directriz que cumplir, porque eso es exigencia de su propia naturaleza, de ser órgano de realización del bien común.

Lo dije en el Congreso del Partido Demócratacristiano y lo repito aquí, convencido de que demócratacristianos y socialistas, y también radicales y PPD y humanistas y los demás partidos que forman parte de la Concertación, todos participamos de la misma idea: no queremos la dictadura del Estado, pero tampoco queremos la dictadura del mercado.

Estas identidades nos unen por encima de nuestras naturales diferencias. Porque, es claro, por algo la Concertación es una coalición de partidos, por algo no formamos todos un solo partido; cada uno tiene su propia filosofía, su propia experiencia de vida, su ángulo desde el cual encara la vida. Hay formaciones doctrinarias, hay aspiraciones últimas que pueden diferir. Pero dentro de esa diversidad nos unen, frente a las tareas que tiene Chile hoy y en el futuro inmediato, esta comunidad de valores.

Inspirados en esta comunidad de valores, hemos trabajado juntos, primero, para derrotar la dictadura, lo que hicimos en el plebiscito del 5 de Octubre del 88; luego, para conquistar la Presidencia de la República y la mayoría en el Congreso Nacional, lo que hicimos el 14 de Diciembre de 1989. Inspirados en esa comunidad de valores, hemos trabajado juntos desde el 11 de Marzo de 1990, y seguiremos trabajando en las tareas del gobierno hasta el término de mi mandato, el 11 de Marzo de 1994.

Recibo con profunda satisfacción las expresiones de la cuenta del presidente Ricardo Núñez, en el sentido de que el Partido Socialista entiende que su compromiso con la Concertación y con mi gobierno dura hasta el último día de mi gobierno; vamos a trabajar sin cesar.

El hecho de que tengamos una campaña electoral presidencial y parlamentaria por delante no puede ser obstáculo a que sigamos trabajando juntos en el compromiso que tenemos con el pueblo de Chile, que nos dio su confianza para que cumpliéramos la tarea que nos encomendó, durante todo el período de mi gobierno.

Pero esa misma responsabilidad señala la necesidad fundamental de hacer todo lo que esté en nuestra mano por mantener, proyectar hacia el futuro y vigorizar la Concertación de Partidos por la Democracia. Yo creo que éste es un deber histórico.

No hay en la realidad política chilena otra alternativa de gobierno que concilie los valores que he señalado; porque fuera del espectro de la Concertación, en el resto del espectro político, los partidos políticos que encarnan otras corrientes de opinión no comparten del mismo modo, a lo menos dos de los tres valores fundamentales que señalé.

Aparte de que su respaldo a la democracia merece pasarse por el cedazo del análisis de su conducta cuando respaldaron -y todavía respaldan y procuran impunidad- las violaciones de los derechos humanos y cuando se empeñan en mantener normas constitucionales que son manifiestamente antidemocráticas, porque pretenden ponerle frenos o bozales a la expresión de la voluntad del pueblo y de ese modo limitar la autoridad de los poderes del Estado generados democráticamente, por la acción de otras instituciones que no tienen esa connotación.

Aparte de ello, es claro que no les preocupa, como a nosotros, la justicia social, porque creen que los mecanismos de mercado por sí solos resuelven los problemas no sólo económicos sino también sociales. Y por eso discuten las políticas tributarias que exigen a los que ganan más y a los que pagan más contribuir mayormente para financiar las políticas sociales de salud, de educación, de vivienda, de capacitación para el trabajo de los sectores más pobres de nuestra sociedad.

Tienen también una visión distinta del rol del Estado. Se inclinan por un Estado que quieren cada vez achicar más, reducir más, no sólo en cuanto los excesos de una maquinaria estatista burocrática, entrometida en tareas que no son propias de su función, que puede ser un estorbo para el crecimiento y la agilidad de las sociedades, sino también en tareas que a nosotros nos parecen fundamentales de la acción del Estado, precisamente, para promover la justicia social y para evitar los abusos de un capitalismo desenfrenado.

Por eso, no hay otra alternativa de gobierno, a menos que quisiéramos volver al esquema de los tres tercios, que significa inestabilidad política, disminución de la eficiencia del aparato del Estado, gobiernos de minoría. Si queremos gobiernos realmente de mayoría, la única que interpreta a la inmensa mayoría de los chilenos, es la mayoría que formamos los partidos de la Concertación.

Por eso, tenemos el deber de encontrar manera de asegurar la proyección hacia el futuro de la Concertación. Es decir, de asegurar que el próximo gobierno pueda pertenecer a esta misma línea de pensamiento, de acción, que constituyen los partidos de la Concertación, y avanzar hacia nuevas etapas de un programa en que se concilien, cada vez de mejor manera, una democracia sólida, efectiva y plena, con el pleno desarrollo de la equidad y de la justicia social.

Esto nos exige un esfuerzo grande, porque es legítima la diversidad en el seno de la Concertación, y son legítimas las aspiraciones de cada partido para postular sus posiciones; pero debemos entender, y éste es un llamado que no me canso de formular, no sólo al Partido Socialista y al PPD y al Partido Radical y a los demás partidos de la Concertación, sino también a mi partido, el Partido Demócratacristiano: tenemos que hacer un esfuerzo grande, y no podemos seguir perdiendo el tiempo en tratar de concretarlo, de elaborar un programa común, base indispensable para la acción común.

Hay identidad en las líneas fundamentales que plantean los distintos partidos. En este Congreso ustedes han analizado y han resuelto seguir estudiando proposiciones programáticas; lo mismo está haciendo la Democracia Cristiana, lo mismo el Partido Radical, entiendo que el PPD tiene proyectado un Congreso para hacer otro tanto, sé que el Partido Humanista Verde hace otro tanto, los otros grupos, Izquierda Cristiana, Mapu, el Partido Social Demócrata, el PAC, que forman parte de la Concertación, también están preocupados de lo mismo.

Pero no debemos encerrarnos cada uno en su propio programa. Hay que entender estos programas partidistas como aportes de cada partido a un programa común de la Concertación, primera tarea que tenemos ante el país, y que yo creo que la conciencia de la inmensa mayoría de los chilenos espera de nosotros y que si no fuéramos capaces de concretar nos cobraría caro.

Luego, tenemos que ser capaces de ponernos de acuerdo, en un procedimiento legítimo, no una fórmula elaborada de antemano con resultado conocido, un procedimiento democrático, adecuado, para elegir un candidato común que me suceda en la Presidencia de la República. Tenemos que ser capaces de ponernos de acuerdo en una alianza electoral que nos permita conquistar la mayoría del Parlamento, los dos tercios del Parlamento a que tenemos derecho.

Todas las encuestas de opinión pública revelan que arriba del 60 por ciento de los chilenos respaldan a este gobierno, respaldan a los partidos de la Concertación. Debiéramos ser capaces de tener 80 diputados en las próximas elecciones, unidos los partidos de la Concertación. Es decir, la mayoría necesaria para el quórum calificado que exige cualquier reforma constitucional; debiéramos ser capaces de superar nuestra representación en el Senado, para

estar en mejores condiciones para avanzar en las reformas que esperamos, que anhelamos, que constituyen nuestro compromiso con Chile, que el país necesita para perfeccionar su democracia.

Debiéramos ser capaces también, y necesitamos hacerlo, convenir un pacto político.

Perdónenme que con mucha franqueza les diga que yo creo -sé que no es una opinión compartida generalmente en los partidos políticos- que debiera mantenerse el carácter suprapartidario del gobierno.

Yo creo que la única manera de que un Presidente de la República cumpla con el país entero y tenga la autoridad suficiente para ejercer plenamente sus funciones, es sobre la base de que los partidos políticos que lo apoyan le den, como me la dieron a mí, la facultad de elegir libremente sus equipos directivos, sus principales colaboradores, sin imponer cuotas de partidos, sin entrar a repartijas, sin debilitar la facultad presidencial radicándola en organismos que no tienen la misma responsabilidad política ante el país.

Eso no significa darle una carta blanca al Presidente. Eso significa que el Presidente tiene un compromiso como el que yo he tenido, compromiso de lealtad con el programa convenido, compromiso de lealtad con quienes lealmente lo apoyan, y dentro de su discreción, sobre la base de esa relación que en mi caso se ha producido, humana, cordial, de confianza, que me han otorgado ustedes a mí, pero yo también a sus dirigentes, que el Presidente cumpla sus tareas.

Pero eso exige un complemento: en la realidad política chilena pueden y deben convenirse ciertas normas que importen un pacto político, que fije criterios fundamentales para el manejo del gobierno, a los cuales el Presidente de la República, elegido por todos, dotado de confianza, de las atribuciones propias de su cargo, tenga sin embargo el compromiso político y moral de ceñirse.

Yo creo que si somos capaces de esta tarea, tarea para la cual nos quedan pocos meses; tarea de conformar un programa común, de establecer un procedimiento para elegir un candidato común, de convenir un pacto parlamentario adecuado y de convenir un pacto político que rijan las orientaciones fundamentales y los mecanismos de concertación para el próximo gobierno, debiéramos estar en condiciones, el próximo año, en un año más, de no sólo prolongar la Concertación eligiendo un Presidente de la República que continúe y profundice la obra de mi gobierno, sino también de conquistar una mayoría parlamentaria que le dé a ese gobierno herramientas que el mío no ha tenido.

Esta es nuestra tarea; éste es nuestro desafío.

A este desafío yo llamo a los socialistas de Chile, como llamo a los demócratacristianos, como llamo a los militantes del PPD, del Partido Radical, del Partido Humanista, del Partido Social Demócrata, de los demás partidos de la Concertación, los llamo a todos a que hagamos este esfuerzo. Chile nos mira. Chile no entendería, y el mundo no entendería, que no fuéramos capaces de ponernos de acuerdo.

Tenemos una responsabilidad histórica, una responsabilidad histórica con el destino de la Patria, pero, sobre todo, con el destino inmediato de 5 ó 6 millones de chilenos que aún viven en pobreza, que esperan un futuro gobierno que siga adelante la tarea, de hacerle justicia, de crear para ellos una sociedad más justa, más digna, más humana. Esa es la tarea, y yo estoy cierto que ustedes y los demás partidos de la Concertación, incluso el mío, por supuesto el mío, deberemos avanzar en esa línea y daremos respuesta favorable a lo que Chile espera de nosotros.

Muchas gracias.

* * * * *

LA SERENA, 13 de Diciembre de 1992.

MLS/EMS.